



Esta reseña se encuentra disponible en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International License.

This review is available in open access under the Creative Commons Attribution 4.0 International License.

Cet avis est disponible en libre accès sous licence Creative Commons Attribution 4.0 International License.

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Rectorado de la Universidad Ricardo Palma
Vol. 7, n.º 13, enero-junio, 2024, 355-363

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.59885/archivoVallejo.2024.v7n13.16

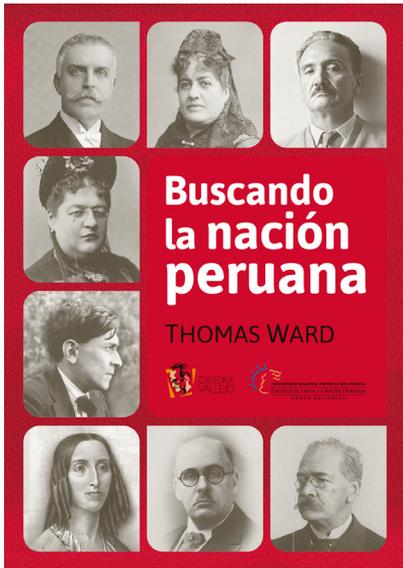
Ward, T. *Buscando la nación peruana*. 2.ª edición, corregida y ampliada.

Fondo Editorial de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Editorial Cátedra Vallejo, 2022.



Publicado por primera vez en 2009, *Buscando la nación peruana*, de Thomas Ward, es una obra que nos interpela directamente sobre un tema fundamental para los peruanos: la necesidad de repensarnos como nación para que todas las sangres que nos conforman tengan una participación real y efectiva en los destinos del país. En este contexto, la edición actualizada y corregida de esta obra, publicada por el Fondo Editorial de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en colaboración con la Editorial Cátedra Vallejo, adquiere una relevancia especial, al coincidir con las celebraciones del bicentenario de las independencias latinoamericanas, momento que ha resaltado la urgencia de abordar este tema de manera crítica de cara al futuro.

Consciente de esta necesidad, Thomas Ward profundizó su ardua y delicada búsqueda de la nación peruana con nuevas investigaciones. Hecho que ha dado como resultado uno de los trabajos más completos y complejos sobre la nación peruana. El mismo que, a través de sus páginas, nos permite ver la evolución de los proyectos intelectuales



e ideológicos de hombres y mujeres que buscaron dar salida a la fragmentación étnica de nuestro país. De esta manera, a los capítulos originales 1, «Literatura y sociedad», y 3, «Cultura y nación», de la primera edición, se incorporan otros nuevos: el capítulo 2, titulado «Historiografía y nación», así como el capítulo 4, denominado «Liberalismo, economía y nación».

Para llegar a ese punto, Ward parte de una interesante introducción donde cuestiona los planteamientos de intelectuales europeos y norteamericanos del siglo XX que buscaron teorizar sobre la nación, sin considerar las características particulares de pueblos como los latinoamericanos, determinados por una heterogeneidad étnica local. En ese sentido, el autor es claro en deslindar con los postulados planteados por Benedict Anderson, en su libro *Comunidades imaginadas* (1991), al considerar que la nación no puede entenderse solo como una pauta psicológica —o como la individualidad espiritual planteada por Chabod—, sino que, además, deberá estar asociada con las culturas y las formas locales de vivir (p. 28), las mismas que están determinadas por los infinitos lazos existentes entre las múltiples personas de etnias heterogéneas que la constituyen (p. 33).

Teniendo esto en consideración, en el caso de los países latinoamericanos, la nación se definirá de la tensión de las raíces milenarias y la superficie criolla (p. 30). Para analizar esto en el contexto peruano, Ward prioriza el trabajo teórico de destacados pensadores y pensadoras de la nación peruana (p. 20). Entre ellos destacan Ricardo Palma, Clorinda Matto de Turner, Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui, José de la Riva-Agüero y José María Arguedas. La elección de

estos intelectuales derivó, por un lado, del vínculo inmediato de ellos con el país, lo que les permitió abordar elementos característicos propios del Perú y su heterogeneidad étnica; así como, por otro lado, del hecho de constituirse en ejemplos claros de las diversas posturas presentes en el discurso nacional.

De esta manera, el primer capítulo del libro se centró en el enfoque que ve a las letras como una herramienta para la mejora de la sociedad (p. 55). Dentro de este grupo, se incluyen a escritores como Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera y Manuel González Prada, a quienes Thomas Ward consideró pioneros del desarrollo de una teoría literaria peruana independiente (pp. 49-50). Esto en razón de que, si bien participaron de las codificaciones propias de corrientes europeas, dentro de sus escritos se evidencia una perspectiva comprometida con el pueblo y su cambio social (p. 50) que los llevará a diferenciarse de las vertientes puras europeas (p. 53).

Así, Clorinda Matto de Turner se alejó del naturalismo puro al dotar a la literatura de una función dual que permitía contemplar la vida (carácter racional), así como estimular las emociones de los lectores (carácter emotivo), para generar una moral superior (p. 57) y corregir los males de la sociedad (p. 62). Por su parte, Mercedes Cabello de Carbonera formuló un realismo moral que no podía copiar a la sociedad europea, sino que debía remitirse a la misma sociedad nacional, a la que se debía pensar, estudiar y reflexionar (p. 69). De ahí que, para ella, la literatura fuera una fotografía de las costumbres sociales (p. 68), que sintetizara lo biológico, lo social, lo psicológico y lo moral de la vida (p. 69).

Siguiendo esta línea, Manuel González Prada se mostraba contrario a la mimesis, resaltando la importancia de tener en cuenta lo propio (p. 71) y renovar la literatura para descolonizar al pueblo lector (p. 91). De esta manera, reconoció en el artista un papel de dirección en la reorganización de la sociedad (p. 93), al estimular la reacción del pueblo contra la opresión (p. 107). Todo esto lo llevó a censurar lo hispano por encarnar lo colonial (p. 72), optando por la asimilación de modelos extranjeros, como el francés, para contrarrestar los efectos colonialistas y arcaizantes de España (p. 122).

En contraste con lo anterior, Thomas Ward nos presenta la posición de José Carlos Mariátegui, quien, a pesar de considerar a la literatura como una expresión del pueblo, en los hechos no veía en ella una herramienta de mejora cívica (p. 75). Esto lo llevó a negar una función social de las letras (p. 74), favoreciendo, en su lugar, soluciones de tipo económicas (p. 78). A pesar de ello, Mariátegui sí coincidía en la necesidad de romper con lo españolizante e, incluso, reconoció en el mestizaje la génesis de la literatura nacional; sin embargo, todo esto nunca lo llevó a afirmar la importancia de la escritura en el proyecto patrio (p. 81).

Otro caso particular es el de José de la Riva-Agüero, quien desvinculó el concepto de nación al de territorio, a fin de sostener que la literatura peruana forma parte integrante de la literatura española (p. 137). Así pues, este pensador novecentista relegó a la literatura quechua a un estado de marginalidad durante la República (p. 142), clasificándola como una de las tres influencias extranjeras preponderantes en el Perú, junto a la negra y la francesa (p. 141), al considerar que la educación europeizada de los criollos y mestizos que lideraron la independencia los llevaron a percibir a las culturas prehispánicas como extranjeras y ajenas (p. 142).

Las posturas anteriores dejan en evidencia fracturas sociales producidas en el devenir del tiempo, hecho que llevó a nuestros escritores a recurrir a la historiografía a fin de poder entenderla. Esto fue abordado por Thomas Ward en su segundo capítulo, en el que desarrolló tres diferentes posturas adoptadas frente a la historia. En primer lugar, se tiene la del historiador ocasional de Ricardo Palma, quien se alejó de la historiografía para preferir la tradición como una vía para abordar lo histórico y procesarlo a través de la literatura, manteniendo su poder evocativo y dotándolo de ironía (p. 157). En segundo lugar, plantea la postura de Clorinda Matto de Turner, quien aceptaba las dos tradiciones historiográficas (europea y andina), exigiendo a los historiadores conocer el quechua para poder entender realmente la historia patria (p. 163) y colaborar con una regeneración social (p. 163). Finalmente, aborda el caso de Manuel González Prada,

quien consideraba que, en el Perú, la historia se encontraba al servicio de la teología y el gobierno, antes que dictaban la historia oficial, razón por la cual no se puede aún desarrollar en nuestro país una historia científica objetiva (p. 168).

Adicionalmente, este apartado histórico permitió a Thomas Ward abordar de manera más efectiva la visión de Clorinda Matto de Turner y José de la Riva-Agüero respecto al idioma. En ese sentido, se resaltó el hecho de que la escritora cusqueña logró romper con el «eje racial» impuesto por la Colonia, al sugerir el reconocimiento del quechua como lengua nacional y preferir el uso del gentilicio «quechuas» en lugar de «indios» usado desde la época virreinal. De esta manera, Matto de Turner desarrolló una conciencia histórica que vinculaba al Imperio incaico con la República a través del idioma (pp. 174-175).

Esta postura es contrastada con la de Riva-Agüero, quien negó el uso del gentilicio de «peruano» a las letras producidas por la nación andina (p. 177), al considerar desconectadas las ideas de idioma y de nación (p. 178). Es así que, para el intelectual novecentista, la literatura peruana solo hubiera podido dejar de ser ibérica si hubiera obrado un cambio evolutivo como el ocurrido entre el latín y el castellano (p. 181). De ahí que considere que ambas literaturas conserven el mismo espíritu, sin tener en cuenta las influencias que poco a poco se abren del contacto con la oralidad o, incluso, con la creciente influencia del mercado (p. 182). Esta postura evolucionó, justamente, a raíz del trabajo historiográfico realizado en su tesis doctoral, *La historia en el Perú* (1910), en donde se evidencia un hispanismo bicultural (p. 189) que ve en la figura del Inca Garcilaso de la Vega un modelo de peruanidad y mestizaje que logra injertarse dentro del mundo criollo, alcanzando una fusión cultural equilibrada (pp. 189-190).

En este punto, considero necesario reconocer los esfuerzos reivindicatorios de Thomas Ward con relación al trabajo de nuestras escritoras decimonónicas, al incluir a Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera como precursoras de la teoría literaria peruana (p. 50); así como el rol historiográfico del autor en la sección denominada «La historia aplicada: cuando las escritoras acuden a la

historia», donde da cuenta del importante trabajo realizado por una serie de escritoras peruanas que recurrieron e hicieron suya la ficción histórica ante un campo cultural que les cerró las puertas del ejercicio historiográfico como tal (p. 194). De esta manera, estas intelectuales utilizaron la recuperación del pasado como un medio para incorporar a mujeres y andinos a la nación (p. 195).

A través de todo el libro, Thomas Ward evidenció las dificultades que tuvieron los pensadores y las pensadoras de la nación peruana al momento de afrontar el tema de la heterogeneidad étnica. Sin embargo, es en el tercer capítulo que lo aborda directamente a través del trabajo de Manuel González Prada, Clorinda Matto de Turner, José Carlos Mariátegui y José María Arguedas, cuatro escritores que, desde su perspectiva, se constituyen en representantes fundacionales de los estudios culturales en el Perú (p. 221).

Para Manuel González Prada, el Estado había fracasado por no darse cuenta de que la educación era un derecho para todos y un medio para el desarrollo (p. 232). En ese sentido, el escritor defendió el derecho a la educación indígena; sin embargo, según Ward, no llegó a alcanzar una legítima perspectiva étnica o multicultural (p. 234), ya que no pudo superar el dualismo colonial (criollo-indio) y reconocer la heterogeneidad andina (p. 229). De ahí que su proyecto pedagógico terminara siendo completamente eurocéntrico (p. 233), buscando enseñar el español al hombre andino para instruirlo en la moral y las costumbres, a fin de homogeneizarlo respecto al descendiente español (p. 233).

Por su parte, Clorinda Matto de Turner buscó la creación de una burguesía especial, basada en la cultura letrada y la globalización industrial, pero abierta a las formas étnicas de los Andes, al considerar que las dos etnias (quechua e hispana) se necesitan (p. 252). En ese sentido, su propuesta buscó conciliar sus raíces andinas y europeas con la cultura nacional (p. 247), lo que lleva a Thomas Ward considerar que la verdadera posición social de la escritora cusqueña es la del mestizaje (p. 251). Todo esto se refuerza, además, en la reivindicación de la importancia del quechua en la realización del proyecto nacional,

así como en la importancia dada a las figuras del Inca Garcilaso de la Vega y Juan Espinosa Medrano, dos escritores híbridos que supieron conciliar la cultura andina y la europea (pp. 246-250).

José Carlos Mariátegui coincidía en que la nueva peruanidad era una cosa por crear, la cual debía hacerse bajo los cimientos históricos del indígena (p. 259). En este punto, es importante destacar que el factor étnico no era vital en su propuesta (p. 262), por lo que esta se centró más en una versión idealizada del indígena (incaica), dejando de lado al indígena contemporáneo real, así como a otros grupos étnicos, como el asiático, el africano y el mestizo (pp. 256-257). En ese sentido, Ward considera que Mariátegui solo asimilaba aquello que pudiera entrar en consonancia con su propuesta de crear una organización económica derivada de la historia andina inca y el marxismo (pp. 259-261).

Será José María Arguedas quien, para Thomas Ward, permitió a la literatura peruana liberarse de las limitaciones eurocéntricas sin llegar del todo al mundo quechua (p. 267). Esto debido a su experiencia bicultural de juventud que le permitió acceder al mundo indígena y mestizo de manera directa, así como presentarlas en sus obras e investigaciones sin el velo de otredad presente en quienes lo antecedieron (p. 269). Asimismo, su preparación académica le permitió realizar una serie de investigaciones etnológicas locales, por medio de las cuales se acercó a la nación (p. 266), estudiando lo popular y lo erudito, sin subordinar la primera a la segunda (p. 271).

En ese sentido, Arguedas reconoce una incesante reacción mutua entre las culturas autóctonas y las europeas, que resultará en el mestizaje (p. 273). Dicho fenómeno de transculturización es el que se extiende hasta nuestros días, donde las migraciones hacen que las ciudades adopten los rasgos de los migrantes, mientras que lo local (indígena) se diluye (p. 275). Frente a ello, Thomas Ward sostendrá la importancia de seguir trabajando en la construcción de la nación frente a los peligros de la globalización, razón por la cual resalta la posición de Arguedas de que los Estados aún tienen la obligación de trabajar en la defensa de su población frente a los avances neocoloniales (p. 285).

Thomas Ward dedicará en su último capítulo un estudio sobre el liberalismo, la economía y la nación. Para ello, expone una serie de posturas definidas en función de los proyectos ideológicos de pensadores que tienen como punto común el reconocimiento de la importancia de la economía como un factor que no podemos ignorar (p. 306). En este capítulo, se desarrollan, además, otros puntos de relevancia. Es así, por ejemplo, que se reconoce a la burocracia moderna como una herencia colonial. En ese sentido, Ward aborda la Santa Inquisición, a través de los estudios de Ricardo Palma, como una institución moderna estructurada, que no respondía al poder tradicional de la Iglesia, sino que se constituía en una rama del Estado (p. 316) que buscaba defender sus intereses (p. 315).

Por otro lado, también se analiza la evolución del pensamiento liberal de Manuel González Prada. Este proceso se desarrollará desde un «liberalismo independentista», cuyas características el escritor consideró las más puras, a pesar de que no terminaron de llegar a los indígenas (p. 339). Luego pasará al «liberalismo sin principios», que degeneró, por un lado, en el abuso político en beneficio de intereses particulares (p. 340) y, por el otro, en la limitación por dogmas religiosos de libertades individuales, especialmente las de las mujeres y la educación (p. 345). Finalmente, González Prada llegará a un «liberalismo con principios», que en realidad será el liberalismo clásico (p. 345), basado en valores morales fundamentales y la defensa de libertades sin restricciones (p. 348).

Asimismo, Thomas Ward contrapone el feminismo liberal de Clorinda Matto de Turner con el anarquismo de González Prada. Así pues, por ejemplo, resalta las diferencias sobre el rol del intelectual, del cual la escritora cusqueña guarda una visión modernista que lo pone al lado de los capitalistas; mientras que, para González Prada, estos impulsarán el levantamiento de las masas (p. 356). Las diferencias se acentuarán cuando este último radicalice su posición anarquista al enfatizar la acción y la responsabilidad humana que derivarán en el tiranicidio (p. 360); mientras que Matto de Turner mantiene una idea de libertad lograda bajo la ley del Estado (p. 359), priorizando la negociación de las huelgas que, desde su perspectiva, solo perjudican

al obrero (p. 366). Estas divergencias, según Ward, se basan en el pragmatismo que Matto se veía obligada a asumir frente a la necesidad de generar cambios en las condiciones de la mujer en realidades concretas; mientras que la propuesta de González Prada surgía de un contexto solitario, en el que iba perfilando su proyecto ideológico personal (p. 365).

Para Thomas Ward, la búsqueda de la nación peruana es vital para hacer frente a la tercera ola de la globalización, cuyos procesos culturales de fomento y resistencia vienen asociadas a formas digitales de comunicación que amenazan las culturas locales (p. 373). Por tal motivo, se propone la necesidad de un campo cultural letrado comprometido socialmente que utilice la belleza artística para la elevación de las construcciones nacionales (p. 374). Todo ello se conseguiría a través de la difusión de la literatura regional, popular o culta, a fin de insertarlas, horizontalmente, junto con otras influencias que nos llegan de la misma manera (p. 375).

Finalmente, para Thomas Ward, la fragmentación étnica hace del Perú una sinfonía inconclusa, que solo se completará tras el diálogo, la justicia y la tolerancia (p. 224). En este contexto, trabajos como el libro reseñado se vuelven apremiantes, si consideramos la grave crisis política y social que ha atravesado el Perú en los últimos años, la misma que ha puesto en evidencia a un país profundamente dividido, que, lejos de abrazar su diversidad, parece arrastrar consigo una serie de taras sociales que creíamos superadas. De ahí la importancia de textos como *Buscando la nación peruana*, toda vez que nos permite retomar estos puntos pendientes y hacer un balance sobre lo mucho o poco que se ha avanzado en estos doscientos años de independencia.

MABEL KATELIN BLANCO GARCIA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
(Lima, Perú)
mabel.blanco@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0002-9428-1813>